

Que significa ser cristiano

Por Mitchell L. Chase

Tabla de contenido

Introducción

Parte I: Lo que creen los cristianos

Acerca de Jesús

Acerca de la salvación

Acerca de la fe

Acerca del arrepentimiento

Parte II: Imágenes de tu salvación

De la oscuridad a la luz

De la muerte a la vida

De la esclavitud a la libertad

De la condena a la justificación

De la hostilidad a la amistad

Parte III: El fruto de la fe

Enseñado a obedecer

Instrucción e imitación

Cargar una cruz

La importancia de las obras

El fruto del Espíritu

Cambiarse de ropa

Unión con Cristo

Parte IV: Medios de gracia

La Escritura

La oración

Las ordenanzas

Parte V: Pertenecer a un pueblo

Una novia rescatada

Unos a otros

Amar a Dios y al pueblo de Dios

Un pueblo con tesoro

Conclusión

Que significa ser cristiano

Por Mitchell L. Chase

Introducción

La razón por la que hay cristianos es porque Dios es misericordioso y la vida cristiana es nuestra respuesta continua a la misericordia constante de Dios. La oración anterior usó la palabra “cristiano” dos veces, la cual es una palabra que la gente podría usar con frecuencia para referirse a un grupo de personas o para hacer una afirmación sobre sus propias vidas. Pero ¿qué es un cristiano? ¿Dónde se origina la palabra?

La etiqueta “cristiano” fue inicialmente una palabra pronunciada por no cristianos. Los oponentes a los discípulos usaron la palabra “cristiano” para referirse a aquellos que seguían a Cristo. En Hechos 11:26, “a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía”. La palabra cristiano significa “seguidor de Cristo”, y esta etiqueta es una que los discípulos adoptaron, porque de hecho eran seguidores de Cristo. Si eso es lo que significa la palabra, entonces ¿qué significa ser seguidor de Cristo?

Esta guía de estudio es una reflexión sobre lo que significa ser cristiano.

Parte I: Lo que creen los cristianos

Acerca de Jesús

Los cristianos se identifican, primero, por lo que creen acerca de Jesús. Cuando Jesús preguntó a Sus discípulos: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy Yo?” (Mt 16:15), necesitaban responder de forma correcta esta pregunta tan importante, porque no puedes creer lo que quieras acerca de Jesús y ser cristiano.

Si alguien dice que Jesús “fue solo un hombre”, que “fue simplemente un buen maestro”, que “nunca afirmó ser Dios” o que “fue un profeta como otros profetas antiguos”, está haciendo declaraciones no están en sintonía con la enseñanza cristiana.

En *Mero cristianismo*, el autor C. S. Lewis aborda sin rodeos la noción deficiente de que Jesús fue simplemente un gran maestro moral.

Estoy tratando aquí de evitar que alguien diga las tonterías que la gente suele decir sobre Él: estoy dispuesto a aceptar a Jesús como un gran maestro moral, pero no acepto Su afirmación de ser Dios. Esa es la única cosa que no debemos decir. Un hombre que fuera simplemente un hombre y dijera la clase de cosas que dijo Jesús no sería un gran maestro moral. O sería un lunático (al nivel del hombre que dice que es un huevo cocido) o sería el diablo del infierno. Debes hacer tu elección. O este hombre era y es el Hijo de Dios, o un loco o algo peor. Puedes callarlo por tonto, puedes escupirlo y matarlo como a un demonio o puedes caer a sus pies y llamarlo Señor y Dios, pero no digamos tonterías condescendientes acerca de que es un gran maestro humano. No nos ha dejado esa posibilidad abierta. No tenía intención de hacerlo.¹

El Nuevo Testamento está muy preocupado por quién es Jesús, por lo que debemos entender bien este punto.

Por ejemplo, los cuatro evangelios introducen la identidad de Jesús desde el inicio. En Mateo 1:1 aprendemos que Jesús es el Cristo, el “hijo de David, hijo de Abraham”. En Marcos 1:1, se le llama el “Hijo de Dios”. En Lucas 1 – 2, Jesús es el Hijo divinamente concebido y nacido de María. En Juan 1, Él es el Verbo eterno, el que se encarnó.

Cuando los lectores exploran los cuatro evangelios, contemplan a Aquel para quien fueron hechas todas las cosas, así como a Aquel que vino a redimir todas las cosas. Jesús es verdaderamente divino y tomó para Sí una naturaleza humana sin

¹ C. S. Lewis, *Mero cristianismo* (New York, NY: HarperCollins, 2006).

comprometer Su Deidad. La tradición cristiana nos ha proporcionado un lenguaje útil para describir la persona de Cristo. Jesús es una persona que tiene dos naturalezas: divina y humana.

Escrito en el siglo cuatro, el Credo de Nicea resume la enseñanza de la Biblia sobre la persona de Cristo diciendo que el Hijo de Dios es “engendrado del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero Dios de verdadero Dios; engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, y por quien todo fue hecho”.²

Los nuevos creyentes deben crecer en su comprensión sobre quién es Jesús, y esto significa reflexionar sobre la doctrina conocida como cristología. Un estudio de las Escrituras, respaldado por la larga tradición del credo cristiano, nos llevará a afirmar la única persona y las dos naturalezas de Jesús. Debido a que solo sabemos lo que es ser una persona con una sola naturaleza, debemos recibir la revelación de las Escrituras sobre quién es Jesús. La confesión cristiana correcta reconocerá la Deidad no diluida ni borrada, y la humanidad genuina de Jesús.

A la luz de quién es Jesús, los cristianos confiesan Su señorío. Jesús es Señor de señores y Rey de reyes (Ap 19:16). Confesamos Su soberanía total (Mt 28:18), Su justo juicio (Jn 5:22), Su reinado exaltado (Fil 2:9) y Su sabiduría inescrutable (Col 2:3). Por la obra iluminadora del Espíritu Santo, confesamos que “Jesús es el Señor” (1Co 12:3).

Acerca de la salvación

Además de reflexionar sobre la persona de Cristo, debemos considerar la obra de Cristo. La persona y la obra de Cristo son los dos pilares de nuestra confesión cristológica.

Los cristianos creen que la encarnación del Hijo se logró por obra del Espíritu Santo sobre la virgen María, y esta concepción virginal aseguró la naturaleza humana sin pecado de Jesús. A medida que Jesús crecía, fue tentado, pero nunca pecó (Heb 4:15). Los cuatro evangelios narran el ministerio terrenal de Jesús durante el cual curó a los enfermos, sometió a los endemoniados y cumplió Su misión terrenal.

El clímax de Su misión fue la obra de la cruz. El que estaba sin pecado se hizo pecado por nosotros (2Co 5:21). Crucificado en nuestro lugar, el Hijo de Dios llevó la ira de Dios para que pudiéramos llegar a ser hijos de Dios (Ro 3:25). La paga del pecado es muerte (Ro 6:23); el mensaje del evangelio es que Jesús hizo ese pago por nosotros. Por eso los cristianos confiesan que Jesús es nuestro fiel sustituto, el que lleva el pecado y satisface la justicia.

² <https://es.ligonier.org/recursos/credos-confesiones/el-credo-niceno/>

La muerte de Jesús en la cruz, entonces, no es una derrota sino una victoria. La obra de la cruz ocurrió no porque todo se hubiera descarrilado sino, más bien, porque todo en Su ministerio había estado conduciendo a ese punto, a ese lugar fuera de la ciudad de Jerusalén. Él, el rey y libertador prometido, fue:

...herido por nuestras transgresiones,
Molido por nuestras iniquidades.
El castigo, por nuestra paz, cayó sobre Él,
Y por Sus heridas hemos sido sanados.
Todos nosotros nos descarriamos como ovejas,
Nos apartamos cada cual por su camino;
Pero el SEÑOR hizo que cayera sobre Él
La iniquidad de todos nosotros (Is 53:5-6).

A través de la cruz, el Señor Jesús trajo salvación a los pecadores. ¿Cómo hizo esto? Estableció un nuevo pacto por Su cuerpo y sangre (Heb 8:6-12). En este nuevo pacto hay liberación de la ira. A la victoria de Su cruz le siguió la reivindicación: la resurrección de Jesús entre los muertos. El Hijo encarnado fue resucitado en humanidad glorificada, un cuerpo que no podía morir, un cuerpo de gloria e inmortalidad encarnadas.

Los cristianos confiesan y cantan sobre la muerte y resurrección de Jesús. La cruz es poder de salvación y sabiduría de Dios (1Co 1:18-25). Predicamos la cruz, nos regocijamos en la cruz y nos gloriamos en la cruz, porque “la cruz” es una abreviatura de la victoria de Cristo en la culminación de Su ministerio terrenal. Cargando con nuestro pecado y vergüenza, realizó una expiación sustitutiva.

Debido a quién es Jesús y lo que ha hecho, Él mismo nos dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí” (Jn 14:6). Su afirmación es excluyente: no hay otro camino de salvación o de vida eterna excepto a través de Cristo. Los apóstoles proclamaron esta verdad, por ejemplo, cuando Pedro dijo a sus oyentes: “En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual podamos ser salvos” (Hch 4:12).

El triunfo de la cruz y del sepulcro vacío es la prueba férrea de Aquel a quien Dios nos ha dado para salvación y vida eterna. Cuarenta días después de la resurrección de Cristo, ascendió al Padre (Hch 1:9-11; Heb 1:3), donde reina sobre todas las cosas mientras somete a Sus enemigos y se prepara para Su regreso glorioso (Mt 25:31-46; 1Co 15:25-28).

Los cristianos confiesan la verdad sobre quién es Jesús y celebran la maravilla de lo que ha hecho. Decimos, con el Credo de Nicea, que Jesús “fue hecho hombre; y por nosotros fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y

resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras, y ascendió al cielo, y está sentado a la diestra del Padre”.³

Acerca de la fe

Los cristianos son aquellos que creen, es decir, son creyentes. Sin embargo, no creen solo en un sentido abstracto. Es posible creer que algo existe sin contar con eso como refugio. La fe bíblica es la respuesta de confianza a lo que Dios ha revelado, es venir a Cristo con las manos vacías listas para recibir todo lo que Cristo es para Su pueblo.

Los cristianos son personas de fe y el objeto de su fe es Cristo. Confiamos en Sus afirmaciones, Sus obras, Su victoria, Su poder, Sus promesas, Su pacto. La fe bíblica es mirar a Jesús.

Los cristianos también se preocupan por las obras, también conocidas como obediencia, pero estas son el fruto de la verdadera fe. La fe es dependencia, confianza en Cristo como Salvador y Redentor. Esta fe no es ciega; es la respuesta a lo que Dios ha dicho acerca de Su Hijo. La fe, por lo tanto, es confiar en las palabras de Jesús.

Juan 3:16 apunta al lector a la fe en Cristo al prometer que “todo aquel que cree en Él, no se [pierde], sino que [tiene] vida eterna”. Los cristianos son aquellos que han creído en Cristo. La presencia de tal fe es en sí misma un don de Dios, como lo describe Pablo en Efesios 2:8-9: “Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe, y esto no procede de ustedes, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”.

La fe de un cristiano no puede reducirse a una mera decisión, a un acto de voluntad. Confiar en Cristo es algo que hacemos cuando percibimos correctamente quién es Él y lo que ha hecho. Y esta percepción de Cristo es el resultado de la obra previa del Espíritu. Jesús habló de la obra del Espíritu y de nuestra respuesta en términos de ser “atraídos”. Él dijo: “Nadie puede venir a Mí si no lo trae el Padre que me envió” (Jn 6:44). Además, “nadie puede venir a Mí si no se lo ha concedido el Padre” (Jn 6:65).

La fe es venir a Cristo, y venir a Cristo es algo que hacen los pecadores cuando el Espíritu de Dios los regenera. La fe es la respuesta creyente a la misericordia de Dios: “Pero a todos los que lo recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en Su nombre, que no nacieron de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios” (Jn 1:12-13).

³ <https://es.ligonier.org/recursos/credos-confesiones/el-credo-niceno/>.

Cuando los pecadores creen en Cristo, Dios debe ser glorificado por Su obra regeneradora y misericordiosa en ellos.

Acerca del arrepentimiento

Un par de palabras que frecuentemente se pronuncian juntas son “fe” y “arrepentimiento”. Habiendo pensado en lo primero, deberíamos pensar en lo segundo.

Cuando Jesús estaba predicando en Galilea en Marcos 1, dijo: “El tiempo se ha cumplido... y el reino de Dios se ha acercado; arrepíentanse y crean en el evangelio” (Mr 1:15). Después de que Pedro predicó un sermón en Hechos 2, los oyentes se sintieron profundamente conmovidos y preguntaron qué debían hacer. Pedro dijo: “Arrepíentanse y sean bautizados cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo” (Hch 2:38).

Si la fe se trata de *volverse hacia*, el arrepentimiento se trata de *volverse de*. Cuando confiamos en que Cristo es nuestro Salvador y Señor, inevitablemente nos alejaremos de los ídolos falsos y de las formas de vida que deshonran a Dios. Por lo tanto, fe y arrepentimiento son nociones relacionadas, aunque no idénticas. Pablo estaba al tanto de un informe sobre los tesalonicenses que decía así: “Pues ellos mismos cuentan acerca de nosotros, de la acogida que tuvimos por parte de ustedes, y de cómo se convirtieron de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero” (1Ts 1:9).

Dado que la conversión no significa perfección moral inmediata, la vida cristiana continuará enfrentando las trampas y mentiras del pecado y, por lo tanto, el arrepentimiento no es un acto de una sola vez. Los cristianos no son solo pecadores que se han arrepentido; son pecadores que se están arrepintiendo. Martín Lutero captó esta idea en la primera de sus noventa y cinco tesis: “Cuando nuestro Señor y Maestro Jesucristo dijo: ‘Arrepentíos’ (Mt 4:17), quiso que toda la vida de los creyentes fuera una vida de arrepentimiento”.

Los creyentes perseveran tanto en la fe como en el arrepentimiento. Seguimos mirando a Cristo y seguimos alejándonos del pecado. Seguimos confiando en las promesas de Cristo y seguimos rechazando los ídolos de la época. Por lo tanto, la fe y el arrepentimiento marcan la vida de un cristiano en la conversión, pero también en el discipulado.

Los cristianos confiesan que Dios salva a quienes vienen a Cristo con fe y se arrepienten de su pecado. Como lo expresó Pablo en Romanos 10:9: “Que si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo”.

Discusión y reflexión:

1. ¿Hay formas en las que necesitas crecer en tu conocimiento de Jesús, la salvación, la fe y el arrepentimiento? ¿Qué estás haciendo para lograr ese crecimiento?
2. Intenta escribir breves resúmenes de cada tema tratado para ver si puedes articular estas verdades de manera clara y concisa.
3. ¿Qué otras áreas de la verdad cristiana deseas explorar?

Parte II: Imágenes de tu salvación

Además de pensar y creer correctamente acerca de Jesús, la salvación, la fe y el arrepentimiento, los cristianos deben estar atentos a la forma en que la Biblia describe la obra salvadora de Dios en sus vidas. La Biblia da muchas descripciones de este tipo, son imágenes para nuestra imaginación. Para pensar en la realidad de nuestra salvación, consideremos cinco imágenes que enmarcan tu nueva identidad en Cristo.

De la oscuridad a la luz

Gracias a la misericordia divina, nuestra posición espiritual ha cambiado. Anteriormente estábamos en la oscuridad espiritual, pero la obra del Espíritu nos ha llevado a la luz. Ha ocurrido un cambio de reinos espirituales.

Pablo escribió que Dios “nos libró del dominio de las tinieblas” (Col 1:13). Ahora somos “hijos de la luz e hijos del día. No somos de la noche ni de las tinieblas” (1Ts 5:5). La oscuridad es el dominio de la incredulidad y la desobediencia. En la oscuridad espiritual no conocíamos a Dios.

A través del mensaje del evangelio, Cristo nos “llamó de las tinieblas a Su luz admirable” (1P 2:9). Pensemos en la luz como el reino de la salvación, y ahí es donde nos ha traído la misericordia de Dios. Esta “luz” es nuestro sitio permanente. No oscilamos entre sitios. La gracia salvadora de Dios nos ha trasplantado espiritualmente. La oscuridad era nuestro pasado, pero la luz es nuestro presente y futuro.

De la muerte a la vida

La oscuridad espiritual es el reino de la muerte espiritual. Antes de la conversión, los pecadores están muertos en sus pecados porque están desprovistos de vida espiritual.

Aunque físicamente vivos, los pecadores habitan en una condición espiritual descrita por Pablo en Efesios 2. Él escribió: “Y Él les dio vida a ustedes, que estaban muertos en sus delitos y pecados, en los cuales anduvieron en otro tiempo según la corriente de este mundo” (Ef 2:1-2). Esta muerte espiritual es una condición de incapacidad que el individuo no puede superar.

Lo único que puede vencer la muerte espiritual es la vida espiritual, y quien da esta vida es Dios. Por lo tanto, el testimonio de cada cristiano son las palabras de Efesios 2:4-5: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos

amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia ustedes han sido salvados)”.

El Señor Jesús afirmó poseer en Sí mismo la vida que necesitamos. “Yo soy el pan de vida”, dijo (Jn 6:35). Y “el que come de este pan vivirá para siempre” (Jn 6:58). La salvación significa que ya no estás muerto espiritualmente. Porque tienes a Cristo, tienes vida, vida eterna en Él. “En Él estaba la vida, y la vida era la Luz de los hombres” (Jn 1:4).

De la esclavitud a la libertad

En el dominio de la oscuridad espiritual y la muerte, los pecadores están atados. Hay una esclavitud al pecado que confirma la gravedad de nuestro problema y la opresión de la transgresión. Nuestra voluntad está comprometida con la maldad. Nuestra voluntad no es neutral, sino hostil hacia Dios.

Lo que necesitamos es libertad. Necesitamos un éxodo espiritual fuera de la esclavitud. Pablo describe la salvación precisamente así. Él dice: “Sabemos esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con *Cristo*, para que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado; porque el que ha muerto, ha sido libertado del pecado” (Ro 6:6-7).

Los israelitas sabían lo que era ser un pueblo moldeado por un éxodo. En el libro del Éxodo, Dios venció su cautiverio y los liberó. Ese modelo del Antiguo Testamento da forma a la redención que los pecadores experimentan en Cristo. Una vez cautivos por el pecado, somos liberados por el Señor Jesús. Hemos sido “libertados del pecado” (Ro 6:18).

El pecado fue una vez nuestro amo, y la paga del pecado fue la muerte. Pero Dios, con gran poder y abundante misericordia, nos ha sacado del cautiverio y nos ha llevado a la libertad de Su luz y vida. El Espíritu nos “ha libertado de la ley del pecado y de la muerte” (Ro 8:2).

De la condena a la justificación

Cuando vivíamos en la oscuridad de la muerte espiritual y la esclavitud, merecíamos la condenación, es decir, el justo juicio de Dios. El mensaje del evangelio, sin embargo, es que en Cristo, Dios perdona a los pecadores y los justifica por Su gracia.

Esta justificación no se basa en el mérito del pecador. El pecador merece juicio, no justificación. La buena noticia radical de la cruz es que hay perdón para los culpables porque Cristo es el sacrificio expiatorio por nuestros pecados.

La justificación es lo que sucede cuando Dios ya no cuenta nuestros pecados en nuestra contra. Él declara que ya no tenemos culpa, no porque seamos inocentes, sino porque Cristo se ha convertido en nuestro refugio a través de la fe. Por gracia mediante la fe, Dios justifica al impío. Ningún pecador puede ser justificado por sus propias obras, esfuerzos o mejoras. La justificación es únicamente por gracia mediante la fe únicamente en Cristo.

En Romanos 4:3, Pablo cita Génesis 15:6, y en Romanos 4:7-8 cita el Salmo 32:1-2, para mostrar que la justificación por gracia era una buena noticia para los pecadores tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Los pecadores no son justificados por sus propias obras. Más bien, los pecadores vienen a Cristo con fe y reciben, por gracia, la salvación que los justifica ante los ojos de Dios.

Nuestros pecados no se cuentan en nuestra contra porque fueron contados (cargados) sobre Cristo en la cruz. Dios ahora cuenta una “posición de justicia” hacia nosotros en Su Hijo.

De la hostilidad a la amistad

Como aquellos que hemos sido llevados de las tinieblas a la luz y de la muerte a la vida, que hemos sido liberados de la esclavitud del pecado y justificados por la gracia mediante la fe, ya no somos enemigos de la cruz. Mediante el poder reconciliador del evangelio, Dios ha hecho de Sus enemigos, Sus amigos.

Pablo escribió que “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro 5:8) y que antes de que Dios nos reconciliara por medio de Cristo, éramos Sus “enemigos” (5:10). Debido a que nuestra voluntad ha sido renovada y nuestros ojos han sido abiertos, experimentamos la amistad de la comunión con Dios en lugar de la hostilidad de una relación no reconciliada. Abraham era amigo de Dios (Is 41:8), y también lo es todo aquel que tiene la fe de Abraham, una fe que confía en el Señor.

El propósito del perdón es que podamos tener una relación correcta con Dios. El propósito de la salvación misericordiosa de Dios es que Él pueda cubrir nuestro pecado, el cual nos ha alejado de Su bendición y favor. Pedro lo expresa de esta manera: “Porque también Cristo murió por los pecados una sola vez, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1P 3:18). Traídos ahora a Dios, tenemos comunión con Él en Cristo.

Escucha las palabras de Jesús para nosotros: “Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero los he llamado amigos...” (Jn 15:15).

Discusión y reflexión:

1. ¿Alguna de las imágenes anteriores de tu salvación parece describir tu experiencia particularmente bien? Cuando compartes tu testimonio, ¿utilizas estas imágenes bíblicas?

2. Tómame un tiempo para alabar y agradecer a Dios por Su obra en tu vida para lograr todo lo que describen estas gloriosas imágenes.

Parte III: El fruto de la fe

Recordando una imagen anterior de la salvación, el reino de la luz es donde vivimos. Dios nos ha rescatado de la oscuridad espiritual. Si bien la obra misericordiosa del Espíritu de Dios es algo que Él ha hecho con nosotros, la vida del discípulo no es pasiva. Ahora debemos “[andar] en la Luz, como Él [Cristo] está en la Luz” (1Jn 1:7). ¿Qué significa andar en la luz? Significa que caminamos en obediencia.

Enseñado a obedecer

Antes de que Jesús ascendiera al cielo, encargó a Sus discípulos estas memorables palabras: “Vayan, pues, y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado; y ¡recuerden! Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28:19-20).

Seguir a Cristo implica recibir enseñanza, y el contenido de lo que se nos enseña incluye los mandamientos de Cristo de guardar (obedecer). La obediencia es propia de la vida cristiana debido a la autoridad de Cristo sobre todas las cosas. Él posee toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mt 28:18). Dado este alcance de autoridad, que se extiende a todos los aspectos de nuestras vidas, debemos prestar atención (guardar) a los mandamientos de Cristo al seguirlo.

No solo tenemos la responsabilidad de obedecer a Cristo, sino que también debemos exhortar a otros a la obediencia. Según Mateo 28:19-20, parte de hacer discípulos es enseñarles lo que Cristo quiere para la vida de Sus discípulos. ¿Cómo aprendemos? Aprendemos mediante la instrucción y la imitación.

Instrucción e imitación

Los discípulos son aprendices, y los aprendices se preocupan por la instrucción. No nos convertimos en cristianos sabiendo todo lo que necesitamos saber para seguir fielmente a Cristo. El viaje de aprendizaje de un discípulo dura toda la vida. Necesitamos instrucción de una iglesia local que predique la Biblia y que esté saturada de la Escritura, y necesitamos la comunión con creyentes que estén caminando sabiamente con Dios para que podamos imitarlos.

La instrucción lleva tiempo porque no podemos aprender todo de una vez. La enseñanza cristiana sobre un tema bíblico se llama doctrina. Todas las doctrinas son importantes, pero no todas son igualmente importantes.⁴ Hay doctrinas

⁴ Ver Gavin Ortlund, *Finding the Right Hills to Die On: The Case for Theological Triage* [Encontrar las colinas adecuadas para morir: el caso del triaje teológico] (Wheaton, IL: Crossway, 2020).

principales que debemos procesar, como las doctrinas sobre la Trinidad, la persona y la naturaleza de Cristo y la gracia de la salvación. También debemos aprender sobre otras doctrinas que nos llevan a temas secundarios, como el gobierno de la iglesia y la administración de las ordenanzas. Algunas doctrinas ocupan una posición de tercer nivel, como la visión del milenio o la edad de la tierra.

Si bien valoramos el aprendizaje como discípulos de Cristo, nuestro aprendizaje no puede seguir siendo cerebral. La aplicación del conocimiento es necesaria porque esa aplicación es lo que resulta en una vida sabia. Aprender lo que enseña la Biblia ayuda a formar una cosmovisión bíblica en nuestra mente para toda la vida.

Además de la instrucción formal, los ejemplos de los creyentes piadosos que nos rodean pueden afectar nuestras vidas. La fe cristiana se enseña y se atrapa. Cuando compartimos vidas con otras personas que buscan caminar en la luz, tenemos acceso de primera mano a cómo usan sus palabras y qué acciones realizan. Ciertamente todos los discípulos son discípulos imperfectos, pero no debemos subestimar el poder del ejemplo y la imitación.

Cargar una cruz

Jesús nos llama a una vida que lo sigue, y esa vida es una vida santa. A través de la instrucción y la imitación, estamos aprendiendo lo que significa vivir apartados para la gloria de Dios.

Jesús enseñó: “Si alguien quiere venir conmigo, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame” (Mr 8:34). Seguir a Jesús implica apartarse del pecado, y apartarse del pecado requiere negarse a sí mismo. Nuestros deseos pecaminosos anhelan satisfacción, por eso Jesús habla de negarnos a nosotros mismos. Esta abnegación es el rechazo a caminar según nuestros deseos deshonorosos.

Mientras el mundo nos dice: “Sigue tu corazón”, Jesús nos dice que lo sigamos a Él y nos que nos neguemos a nosotros mismos. El término “cruz” es una imagen de ejecución. En la actualidad, las cruces se usan como joyería y se colocan en las paredes como decoración. Consideremos, sin embargo, la brutalidad de la cruz. La cruz era un método de ejecución: una muerte tortuosa.

Las palabras de Jesús en Marcos 8:34 son un llamado a la vida a través de la muerte. Dietrich Bonhoeffer tiene razón: “Cuando Cristo llama a un hombre, le invita a venir y morir”.⁵

El discípulo recorre un camino en forma de cruz. Es un camino de discipulado costoso. Debido a nuestra unión con Cristo, nuestra relación con el pecado ha cambiado. Pablo escribió: “Así también ustedes, considérense muertos para el

⁵ Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship [El costo del discipulado]* (New York, NY: primera publicación 1937; Touchstone, 1959).

pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. Por tanto, no reine el pecado en su cuerpo mortal para que ustedes no obedezcan a sus lujurias” (Ro 6:11-12).

Llevar una cruz es una imagen de estar muerto al pecado. Y así como el camino de Cristo fue a través de la cruz y luego a la vida de resurrección, el camino del discípulo es la vida a través de la muerte. Estar muerto al pecado significa estar vivo para Dios: vida que es verdaderamente vida.

La importancia de las obras

¿Qué deberíamos decirle a alguien que afirma que no necesitamos obedecer al Cristo que confesamos? Debemos enseñar claramente el llamado de las Escrituras a obedecer, y debemos advertir que negarse a obedecer a Cristo puede sugerir una falta de vida espiritual. Reflexionemos sobre estos dos puntos.

En Efesios 2, Pablo registra el testimonio de todos los cristianos: hemos sido resucitados espiritualmente de la muerte de nuestras transgresiones, y ahora estamos vivos con Cristo (Ef 2:4-6). Pablo dice que fuimos “creados en Cristo Jesús para *hacer* buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (2:10). Como explica Santiago: “Porque así como el cuerpo sin *el* espíritu está muerto, así también la fe sin *las* obras está muerta” (Stg 2:26). Las buenas obras no son la base de la verdadera fe, pero confirman la realidad de la verdadera fe.

Aquellos que afirman conocer a Cristo, pero no buscan obedecerlo deben considerar la advertencia del apóstol Juan: “Si decimos que tenemos comunión con Él, pero andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad” (1Jn 1:6). Y, “el que dice: ‘Yo lo he llegado a conocer’, y no guarda Sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él” (2:4). Estos versículos de 1 Juan no deberían llevar a los creyentes a centrarse obsesivamente en sí mismos, mirando constantemente sus propias obras en busca de seguridad. Sin embargo, estos versículos enseñan claramente que aquellos que están en la luz caminarán en la luz.

Si te acercas a una hoguera que emite llamas explosivas, sabes que esas llamas producirán humo y calor. Imagínate preguntarle a alguien: “¿Es este el tipo de fuego que produce humo y calor, o es el tipo de fuego que no produce esas cosas?”. ¡La pregunta es ridícula! Todo el mundo sabe que el fuego real produce calor real y humo real.

Cuando las Escrituras nos dicen que los verdaderos creyentes siguen a Cristo en obediencia, podemos entender que la relación entre la fe y las obras tiene una relación análoga con el fuego y el calor. Así como las llamas producen calor, la verdadera fe produce obras. Si alguien dice conocer a Cristo, pero vive en rebelión

contra el Señor, los autores bíblicos instan a esa persona a reconsiderar su profesión de fe.

El fruto del Espíritu

La guerra contra el pecado es una señal de vida espiritual. Pablo dijo a los Gálatas: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el *del* Espíritu es contra la carne, pues estos se oponen el uno al otro, de manera que ustedes no pueden hacer lo que deseen” (Ga 5:17). El creyente discierne la presencia de deseos en competencia. Está el atractivo del pecado y está el deseo de agradar al Señor.

La búsqueda de la santidad y la lucha contra el pecado se conoce como santificación. Este proceso es el crecimiento del creyente a la semejanza de Cristo, y este crecimiento es el resultado de la salvación genuina. La raíz de la salvación da el fruto de la obediencia. Pablo enumeró el fruto del Espíritu: “Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio” (Ga 5:22-23). Esas virtudes describen con precisión el carácter de Cristo y son las características deseables para quienes están unidos a Él.

Estar unidos a Cristo significa permanecer en Él. Jesús dijo: “Permanezcan en Mí, y Yo en ustedes. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco ustedes si no permanecen en Mí. Yo soy la vid, ustedes los sarmientos; el que permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto, porque separados de Mí nada pueden hacer” (Jn 15:4-5).

Como pámpanos de la vid, los discípulos de Cristo reciben su vida espiritual de Cristo mismo. Puesto que Cristo nos llama a “permanecer en Él”, debemos recibir ese mandato como algo que debemos obedecer. Permanecer es algo que hacemos. Más adelante, en Juan 15, Jesús dijo: “Permanezcan en Mi amor. Si guardan Mis mandamientos, permanecerán en Mi amor” (15:9-10). Entonces, permanecer está asociado con la obediencia. Guardar los mandamientos de Cristo significa caminar en la luz como Él está en la luz.

Al haber sido traídos de la muerte a la vida, viviremos con los signos de esa vida en nuestras palabras y hechos. Queremos tomar en serio el discipulado, y eso significa tomar en serio la obediencia. Las Escrituras dan una variedad de imágenes de lo que significa obedecer al Señor como discípulo: caminar en la luz, dar el fruto del Espíritu, permanecer en Cristo.

Una imagen más: en las cartas a los Efesios y Colosenses, Pablo describe la vida cristiana como cambiarse de ropa.

Cambiarse de ropa

Nuestra vieja vida en Adán es como una prenda que debemos quitarnos (despojarnos), y nuestra nueva vida en Cristo es lo que debemos usar (vestirnos). Despojarse y vestirse son imágenes de santificación, de una vida santa.

Pablo dijo: “[Despójense] del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos” (Ef 4:22), y “[vístanse] del nuevo hombre, el cual, en *la semejanza de Dios*, ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad” (4:24).

Debemos adornar nuestras vidas con las palabras y acciones que corresponden al nuevo nacimiento que hemos recibido de Dios. Debemos vivir según quienes somos en Cristo. Debemos ser quienes somos ahora.

A los Colosenses, Pablo les dijo: “Dejen de mentirse los unos a los otros, puesto que han desechado al viejo hombre con sus malos hábitos, y se han vestido del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de Aquel que lo creó” (Col 3:9-10). Nuevamente vemos la imagen de despojarse (desechar) y vestirse, como prendas para desechar y prendas para usar.

Pablo no es ambiguo acerca de lo que implica revestirse del nuevo yo. Él dijo: “Entonces, ustedes como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de tierna compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia; soportándose unos a otros y perdonándose unos a otros, si alguien tiene queja contra otro. Como Cristo los perdonó, así también háganlo ustedes. Sobre todas estas cosas, vístanse de amor, que es el vínculo de la unidad” (Col 3:12-14).

Vivir una vida santa significa vestirse con vestiduras de piedad, es decir, formas de vivir que corresponden a la nueva vida que tenemos en Cristo. *En Cristo*. Esa es una frase importante.

Unión con cristo

La razón por la que los cristianos tenemos vida espiritual y hemos sido trasladados de las tinieblas a la luz es porque tenemos a Cristo. El Señor Jesús es nuestro Salvador y Su obra de salvación comienza con nuestra conversión. Él no nos salva y luego nos despide por nuestra cuenta. Él está con nosotros y nunca nos abandona (Mt 28:20). Estamos unidos a Cristo.

La unión con Cristo significa que tenemos, a través de la fe, una conexión inseparable con Su persona y Su vida. A medida que nos familiarizamos más con las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre nuestra “unión con Cristo”, notaremos el concepto y el lenguaje por todas partes. En Romanos 6, hemos sido sepultados espiritualmente con Cristo y resucitados con Cristo (6:4). Y debido a que estamos unidos a Él, también seremos resucitados físicamente como Él (6:5).

La unión con Cristo es la vida cristiana. Todo fluye de esta graciosa realidad. Podemos crecer en sabiduría y santidad, podemos luchar contra la carne y

apartarnos del pecado, podemos defender con valentía la verdad e incluso morir como mártires. Todo por nuestra unión con Cristo.

La vida del discípulo fluye de esta unión. Este acuerdo del nuevo pacto es algo que no podemos romper. Nada presente o futuro, nada visible o invisible, puede separarnos del amor de Dios por nosotros en Cristo (Ro 8:38-39). Debido a nuestra unión con Cristo, podemos estar seguros de que la obra que Él ha comenzado en nosotros llegará a su fin (Fil 1:6). Debido a nuestra unión con Cristo, podemos estar seguros de que el que nos ha justificado por Su gracia no socavarán ese veredicto en el futuro (Ro 8:33-34). Debido a nuestra unión con Cristo, tenemos una esperanza segura en una resurrección corporal para gloria y comunión eterna con Dios en cielos nuevos y tierra nueva (Ro 8:18-25).

Discusión y reflexión:

1. ¿Cuál de las secciones anteriores te ayudó a aclarar lo que significa vivir como cristiano?
2. Una de las secciones describía el valor de la imitación en la vida cristiana. ¿Quiénes son algunos de los buenos ejemplos de vida piadosa que te rodean?

Parte IV: Medios de gracia

En nuestra búsqueda de conocer y seguir a Cristo, el Señor nos ha dado lo que los teólogos han llamado “medios de gracia”. Los medios de gracia son prácticas mediante las cuales el Señor bendice, fortalece, sostiene y anima a Su pueblo. De particular importancia en los escritos y testimonios de los santos de la historia son las prácticas de las Escrituras, la oración y las ordenanzas.

La Escritura

Dios se ha revelado en Su Palabra, las Escrituras desde Génesis hasta Apocalipsis. Debido a que esta revelación especial nos dice lo que necesitamos saber acerca de Dios y sobre Su plan para el mundo, debemos cultivar la disciplina para leerla y estudiarla. Familiarizarse con la gran historia de las Escrituras requiere tiempo y paciencia, pero hay gozos y bendiciones reservadas para aquellos que se comprometen a estudiar y comprender la Palabra de Dios (Sal 1:1-3; 19:7-11).

Los cristianos deben obtener una traducción legible y precisa de la Palabra de Dios, como la NBLA o la NVI. En lugar de jugar al juego de abrir la Biblia en versículos al azar y leerlos, es mejor tener un plan que estés tratando de cumplir. Selecciona un libro de las Escrituras para leerlo en varias sesiones. Los nuevos creyentes pueden beneficiarse especialmente de la lectura del Evangelio de Marcos, el libro de Proverbios, la carta a los Efesios o el libro de Génesis.

Nuestra práctica debe ser leer las Escrituras de manera reflexiva y digerible. Esto puede requerir leer lentamente, en voz alta y leer un pasaje varias veces. Reflexionar sobre qué temas o ideas destacan del texto. El uso de notas de estudio (de una buena Biblia de estudio o de un comentario bíblico accesible) puede iluminar más de lo que leas. Considera incorporar un diario junto con tu lectura de la Biblia. Escribe pensamientos o preguntas sobre el pasaje. Pregúntate qué verdades sobre Dios o sobre los demás son evidentes en el texto.

Además de la lectura personal de la Biblia, necesitamos la predicación y la enseñanza de la Palabra de Dios en la adoración colectiva. Reunirse con los santos para escuchar la Palabra de Dios proclamada es un medio de gracia. La aceptación comunitaria de la Palabra de Dios puede protegernos de errores y herejías individuales que quizás no hubiéramos discernido por nuestra cuenta. No somos los primeros en interpretar las Escrituras, por lo que debemos recibir humildemente la sabiduría interpretativa de nuestros contemporáneos y de la nube de testigos que nos ha precedido.

La oración

La disciplina de la oración es evidente en Génesis 4, donde el autor bíblico dice: “Por ese tiempo comenzaron los hombres a invocar el nombre del SEÑOR” (4:26). El pueblo de Dios está marcado por su dependencia del Señor, y la dependencia se expresa a través de la oración. Un cristiano sin oración es una contradicción.

Cuando Pablo dijo a los tesalonicenses: “Oren sin cesar” (1Ts 5:17), quería que tuvieran una actitud y una práctica de oración que moldeara sus vidas. Jesús incluso alentó la oración “en secreto” (Mt 6:6), una práctica que socava la tendencia de las personas religiosas a mostrar su devoción por causa de la admiración. Para ser claros, Jesús no prohibió la oración colectiva, pero advirtió sobre el peligro de las oraciones vocalizadas que surgen de un corazón que quería impresionar a los demás (6:5-8).

Necesitamos orar no porque Dios necesite información, sino porque debemos ser humildes y dependientes. Invocamos al Señor por cosas como perdón, fortaleza, bendición, justicia y sabiduría. El libro de los Salmos demuestra cómo la oración puede caracterizar todas las emociones de la vida, incluida la angustia, la esperanza, el gozo, la tristeza, la confusión, la frustración, la celebración y la desesperación.

La disciplina de la oración es excelente para combinar con la lectura de la Biblia. Estos medios de gracia pueden enriquecer nuestros tiempos de devoción. Resolvamos nunca leer las Escrituras sin acompañar el acto con oración. Ora por comprensión y deleite, ora por aliento y ayuda. Permite que las palabras del pasaje de las Escrituras suministren ciertas palabras o frases para la oración y produzcan temas particulares para la oración.⁶

La oración es una guerra. Quizás nos convenzamos de que no necesitamos orar o que no tenemos tiempo para orar. Podríamos priorizar otras cosas que desvían el enfoque de nuestro corazón en el Señor en oración. Dada nuestra debilidad y el poder de Dios, debemos recordar la urgencia y la importancia de la oración. Pablo quiere que estemos equipados para caminar con Dios en los días malos, y eso significa pensar en una armadura espiritual para la batalla espiritual.

Después de enumerar la armadura espiritual en Efesios 6:14-17, habla a continuación de “con toda oración y súplica oren en todo tiempo en el Espíritu, y así, velen con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (6:18). Nota la frecuencia de la oración que Pablo supone que necesitamos: “en todo tiempo”. No solo necesitamos orar por nosotros mismos, sino que también debemos orar por los demás. Un privilegio y una responsabilidad en nuestro discipulado es orar, o interceder, por los demás, una práctica que Pablo llama “súplica por todos los santos” (6:18).

⁶ Ver el método enseñado por Donald S. Whitney en su libro *Orando la Biblia* (Nashville, TN: B&H, 2016).

Las disciplinas de la lectura de la Biblia y la oración son espiritualmente beneficiosas para nuestras almas y, por lo tanto, el enemigo desprecia estas prácticas. Seamos discípulos que saben que los medios de gracia son medios de vitalidad y alimento espiritual. A través de estas disciplinas, nos deleitamos y disfrutamos de la gracia y el amor de Dios hacia nosotros en Cristo.

Las ordenanzas

Las dos ordenanzas en el Nuevo Testamento son el bautismo y la Cena del Señor. Ambas ordenanzas tienen lugar en la vida de la iglesia local.

Jesús se refiere a la ordenanza del bautismo en Mateo 28:18-20. Encarga a Sus discípulos que hagan discípulos, “bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28:19). El bautismo es la señal del nuevo pacto que Cristo ha inaugurado (ver Jer 31:31-34; Mr 1:8), y también lo es para aquellos que pertenecen al nuevo pacto por la fe.

La inmersión en aguas bautismales es una imagen de nuestra unión con Cristo (Ro 6:3-4), y es un paso de obediencia después de que respondemos con fe al llamado del evangelio del Señor (Mt 28:19). Qué maravilloso es recordar tu bautismo, cuando hiciste pública tu profesión de fe ante el pueblo de Dios reunido. Ser bautizado fortalece el alma y ser testigo de un bautismo produce gozo. De hecho, la ordenanza del bautismo es un medio de gracia para el pueblo de Dios.

La Cena del Señor es la otra ordenanza para los cristianos. La noche que Jesús tuvo la última cena con Sus discípulos, dijo acerca del pan: “Esto es Mi cuerpo que por ustedes es dado; hagan esto en memoria de Mí” (Lc 22:19). Y dijo acerca de la copa: “Esta copa es el nuevo pacto en Mi sangre, que es derramada por ustedes” (22:20). El apóstol Pablo reiteró estas instrucciones a los corintios, confirmando la importancia de esta ordenanza en la vida del pueblo de Dios (1Co 11:23-26).

Tomar la Cena del Señor, también conocida como comunión o eucaristía, es un medio de gracia. El pueblo de Dios está centrando su mente en el poder de la cruz, en la que el Señor Jesús entregó Su cuerpo y Su sangre. Los discípulos recuerdan el nuevo pacto, la victoria de Cristo y Su obra sustitutiva. Al meditar deliberadamente en estas cosas, el Espíritu fortalece a quienes se reúnen para recordarlas.

Para beneficiarse de los medios de gracia en la enseñanza corporativa de las Escrituras, el ejercicio de la oración y la administración de las ordenanzas, los cristianos deben pertenecer a una iglesia.

Discusión y reflexión:

1. ¿Cómo son tus hábitos de lectura de la Biblia y oración? ¿Hay maneras en que puedas crecer en estos hábitos de gracia?
2. ¿Cómo puede tu mentor desafiarte y hacerte responsable de ser fiel en la Palabra y la oración?
3. ¿Cómo enriquece el material anterior tu comprensión del bautismo y la Cena del Señor?

Parte V: Pertener a un pueblo

Los autores bíblicos no conciben un discípulo obediente y floreciente que esté separado de la iglesia del Señor Jesucristo. Necesitamos pertenecer a una iglesia local, para que podamos aprender a amar lo que Jesús ama. Y Jesús ama a la iglesia.

Una novia rescatada

Cuando Jesús murió en la cruz, murió por Su esposa: la iglesia (Ef 5:25). Él “es cabeza de la iglesia, siendo El mismo el Salvador del cuerpo” (5:23). El pueblo de Dios es la novia y el cuerpo del Señor Jesús, y Él ha asegurado Su pacto con Su pueblo mediante la victoria de la cruz. Rescató a un pueblo de cada tribu, lengua, pueblo y nación (Ap 5:9).

Comprender la naturaleza corporativa del pueblo de Jesús es importante porque la cultura que nos rodea es muy individualista. Sin embargo, la conversión implica una realidad corporativa, y no solo individual. Pablo dijo a los corintios: “Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno individualmente un miembro de él” (1Co 12:27). Así como un cuerpo humano necesita sus diversas partes, la iglesia también necesita que sus cristianos profesantes se unan, sirvan y edifiquen al cuerpo local.

La iglesia primitiva se reunía el Día del Señor para cantar, orar, escuchar la Palabra de Dios, dar de sus recursos y administrar las ordenanzas. Los cristianos profesantes tienen la responsabilidad y el privilegio de conectarse con una comunidad local de creyentes. Los compañeros cristianos son personas por quienes Cristo murió (1C 8:11) y, por lo tanto, nuestro compromiso con el Señor no nos dejará indiferentes hacia Su pueblo. Los cristianos están llamados a una cierta disposición hacia la iglesia de Cristo. ¿Qué implica esta disposición?

Unos a otros

Para obedecer lo que los autores bíblicos instruyen a los cristianos a hacer, se supone una conexión con un cuerpo local de creyentes confesantes como contexto para tal obediencia. Cuando llegó la carta de Romanos, fue leída en una iglesia. Cuando se envió la carta de Filipenses, una iglesia la recibió. Cuando se leyeron las dos cartas de Pablo a los Tesalonicenses, se leyeron en las iglesias. Cuando Juan envió el libro de Apocalipsis a sus lectores, lo envió a siete iglesias en Asia.

Las cartas del Nuevo Testamento asumieron la presencia y la importancia de comunidades eclesiales locales que confesaban el evangelio. Estas iglesias, que

inicialmente se reunían en hogares, estaban formadas por creyentes de diversos sectores de la sociedad. Esclavo y libre adoraban juntos. Hombres y mujeres adoraban juntos. Judíos y gentiles adoraban juntos. Jóvenes y mayores adoraban juntos. A todos ellos, unidos en Cristo, se les exhorta a relacionarse unos con otros de manera que muestren el fruto de la obra redentora de Dios en sus vidas.

Pablo llamó a los cristianos a soportarse unos a otros (Ef 4:2), cantarse la verdad unos a otros (Ef 5:19), perdonarse unos a otros (Col 3:13), enseñarse y amonestarse unos a otros (Col 3:16), cuidarnos unos a otros (1Co 12:25), servirnos unos a otros (Ga 5:13), mostrarnos hospitalidad unos a otros (1P 4:9) y amarnos unos a otros (1P 4:8). Estos pasajes de “unos a otros” solo pueden obedecerse cuando los creyentes reconocen la vitalidad de la iglesia local para la obediencia cristiana.

Amar a Dios y al pueblo de Dios

Si alguien dice: “Puedo seguir a Jesús, pero no necesito la iglesia”, está tratando de separar lo que las Escrituras mantienen unido y no tiene autoridad para hacerlo. En la carta conocida como 1 Juan, hay exhortaciones a lo largo de sus capítulos acerca de amar al pueblo de Dios. Considera los siguientes ejemplos.

En 1 Juan 1:7, caminar en la luz está relacionado con el compañerismo cristiano. Amar al prójimo “hermano” o “hermana” en Cristo es una señal de permanecer en la luz (1Jn 2:9-11). La falta de amor por los cristianos es una señal de muerte espiritual (1Jn 3:10). En 1 Juan 3:11, un mensaje de larga data que los lectores debían conocer es que “debemos amarnos unos a otros”. El ejemplo de Cristo dando Su vida por nosotros debe moldear nuestro propio amor de manera sacrificial, que “debemos poner nuestra vida por los hermanos” (1Jn 3:16).

Amar a los demás cuesta. A menudo requerirá tiempo, paciencia, inversión y recursos. En una sociedad que valora la conveniencia, la eficiencia y el yo, el amor bíblico es contracultural. Y pertenecer y amar a una iglesia local es contracultural. Pero el razonamiento de Juan es contundente y claro, si alguien dice: “Amo a Dios”, pero desprecia a su hermano cristiano, la afirmación es vacía, “porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto” (1Jn 4:20).

Según el razonamiento de los autores bíblicos, amar a Dios y amar a Su pueblo no son caminos rivales. Más bien, la obediencia a Dios implica orientar nuestra vida hacia lo que importa según la Palabra de Dios. Y la iglesia de Cristo importa. Dios ha encargado a Su pueblo llevar el evangelio al mundo.

Un pueblo con tesoro

Los creyentes tienen la luz de Cristo y el evangelio dentro de ellos (2Co 4:6-7). Somos vasos de barro con un tesoro glorioso. El Señor ha encargado a sus vasos de barro que proclamen las excelencias de Cristo (Mt 28:19-20; 1P 2:9). Pertenecer a una iglesia local es un compromiso con esta misión más amplia de Dios en el mundo.

En las iglesias saturadas de la Biblia y centradas en la Palabra, los creyentes escuchan el evangelio (en la predicación, la enseñanza y la oración), cantan el evangelio (en letras de canciones doctrinalmente sólidas para la adoración) y ven el evangelio (en las ordenanzas del bautismo y la Cena del Señor).⁷ Los cristianos no poseen este tesoro para esconderlo sino para exhibirlo, exultarse en él y anunciarlo. Necesitamos la iglesia local para florecer espiritualmente y cumplir la misión de Dios entre las naciones.

Entre los engaños y las confusiones sociales, los cristianos conocen, enseñan y se aferran a la verdad. El tesoro de Cristo y el evangelio brilla intensamente contra la oscuridad del mundo de Génesis 3. De hecho, somos la luz del mundo porque tenemos a Cristo (Mt 5:14; Jn 8:12). Y como cristianos, tenemos la responsabilidad de contender por “por la fe que de una vez para siempre fue entregada a los santos” (Judas 3). Administramos lo que nos ha sido transmitido y lo administramos fielmente transmitiéndolo a la siguiente generación.

El tesoro del evangelio nos precedió y durará más que nosotros. Qué privilegio, entonces, ser parte del pueblo de Dios y unirnos a los propósitos triunfantes de Dios en el mundo.

Discusión y reflexión:

1. Describe tu participación en tu iglesia. ¿Estás encontrando maneras de servir a quienes te rodean?
2. ¿Hay maneras en que has visto a la iglesia que no son saludables? Por ejemplo, puede resultar fácil ver la iglesia simplemente como algo a lo que asistir y consumir. ¿Cómo cambia el material anterior la forma en que debemos pensar sobre la iglesia?
3. ¿Quiénes son algunas personas en tu iglesia por las que puedes orar y amar? ¿Hay cargas que puedas ayudar a soportar?

⁷ Para una explicación de cómo el evangelio es importante para la vida Cristiana, ver Mitchell L. Chase, *The Gospel Is for Christians [El evangelio es para cristianos]*, 2nd ed. (Waco, TX: Lucid Books, 2020).

Conclusión

¿Qué significa ser cristiano? Significa una variedad de cosas verdaderas. Somos perdonados y renovados por el poder del Espíritu a través del evangelio. Somos discípulos que seguimos a Jesús por un camino de vida. Somos los que confesamos la victoria de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo. Caminamos según los ritmos de la fe y el arrepentimiento para dirigir nuestro corazón hacia la sabiduría y alejarnos de la necedad.

Ser cristiano es ser salvo y sostenido por la gracia de Dios. Es ser justificado por la fe, unido a Su iglesia y comisionado por Su Espíritu. Ser cristiano es el resultado de la misericordia de Dios obrando en un corazón muerto en la oscuridad y dándole vida en la luz.

La vida cristiana consiste en permanecer en Cristo, guardar Su Palabra y dar el fruto de Su Espíritu. Es una vida que lleva la cruz y que lleva a la gloria. Es unión con Cristo, por quien hemos muerto al pecado y hemos sido resucitados del poder y dominio del pecado.

En las memorables palabras de Pablo en Gálatas 2:20: “Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la *vida* que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Jesús me ama, esto lo sé, porque la Biblia así me lo dice.

Mitch Chase es el pastor predicador de la Iglesia Bautista Kosmosdale en Louisville y es profesor asociado de estudios bíblicos en el Seminario Teológico Bautista del Sur. Es autor de varios libros, entre ellos *Short of Glory* [*Sin gloria*] y *Resurrection Hope and the Death of Death* [*La esperanza de la resurrección y la muerte de la muerte*]. Escribe regularmente en su Substack llamado “Biblical Theology” [“Teología bíblica”].